

gloria de Dios, y cómo habia de conducirse en cada acto suyo particular. Semejante merced no puede apreciarse como se merece. Pero ¿creemos que el cielo ha sido menos liberal y bondadoso con aquellos que tienen por maestra á la Virgen santísima? Quiero que para mayor provecho de ellos, como diré despues, los prive de todas esas dulcedumbres sensibles; pero ¿se ha de creer por eso que los estima menos y que trabaja con menos ahinco para su salvación y aprovechamiento? Reflexionen solamente en ello, y estoy seguro de que no pasará dia alguno sin que sean iluminados sus entendimientos con muchas luces y estimulados sus corazones de iguales deseos de agradar á Dios. Haganse dignos de oír la voz interior de la que los enseña, y les doy palabra de que no recurrirán jamás á ella en sus incertidumbres y vacilaciones sin recibir un rayo de claridad. Acostúmbrense á recurrir en derechura á ella en todos sus negocios, y consiento en pasar por un hombre ligero é inconsiderado si no ven á ojos vistas lo que adelantan y aprovechan en el estudio de la virtud bajo la direccion de tal maestra. No quiere decir esto que presuma yo reducir sus lecciones y su asistencia á los limites de la virtud, como si no se verificaran en la adquisicion de la ciencia ó en la direccion de las otras cosas indiferentes, sino porque conviene que todas las obras y actos del que tiene por maestra á la reina del cielo, se refieran á la virtud y á Dios y no tengan mas blanco que la gloria de este. Yo estoy de parte de Salomon, y para mi es cierto que no hay deleites ni riquezas comparables con la dicha de tener por madre y maestra á la madre de la misma sabiduria, á quien S. German de Constantinopla da esta alabanza: que si ella no abre el camino, es imposible llegar á ser espiritual, ni adorar á Dios en espíritu, porque el hombre no supo de veras lo que era el espíritu hasta que ella fué hecha la morada del Espíritu Santo.

S. III.—Cómo la Virgen santísima ejercita á los suyos, que es el segundo oficio de su magisterio.

I. Considerando S. Ambrosio la accion de María Salomé, madre de S. Juan y Santiago, y la súplica que hizo al Salvador en favor de ellos condescendiendo con su inclinacion natural, no halla razon mas á propósito para disculparla que la indulgencia del amor materno. Figurémonos, dice, que es una madre la que habla, y tengamos en cuenta sus sentimientos naturales. Verdaderamente hay mucha diferencia, dice Séneca, entre el cariño de los padres y el de las madres, porque los padres despiertan temprano á sus hijos y apenas les conceden alguna huelga los dias festivos: los hacen trabajar hasta sudar y no se compadecen de las lágrimas que derraman. Por el contrario las madres quisieran tenerlos siempre á su lado y acariciarlos en su regazo: si por ellas fuera, nunca cogerian el viento ni el sol: no pueden sufrir el verlos tristes ó llorosos: siempre recelan que trabajan demasiado. Pero si hay madres fátuas, y son las mas, no faltan algunas discretas, y no carecemos de ejemplos de mujeres que han sofocado estas debilidades de su sexo y abrigado verdaderos y eficaces deseos del bien de sus hijos, que han hecho poco caso de los afanes y fatigas que sufrían estos por adquirir la virtud, y hasta han llegado al extremo de exhortarlos al desprecio de la vida perecedera para trocársela por la eterna en los suplicios y tormentos (1). Estas son verdade-

(1) Adicion de la M. Maria J. de Blemur.—«La animosa Salomé, que exhortaba á sus hijos á morir por la fé, santa Felicitas que nada temia tanto como ver flaquear á los suyos en medio de los mas crueles suplicios, y otras muchas de esta condieion no tenían nada de la blandura y debilidad que se moteja en el sexo flaco.»



ras madres y dos veces madres, es decir, del cuerpo y del alma. S. Cipriano les advierte formalmente que el ejercicio es el custodio de la esperanza, la firmeza de la fé, la luz del camino de salvacion, el alimento y pábulo de la buena índole y el maestro de la virtud. Clemente Alejandrino les dice prudentemente que las que no buscan mas que la satisfaccion y contento de sus hijos, los aman muy poco, y que al contrario las que ejercen con ellos un rigor aparente, buscan verdaderamente su provecho y les proporcionan una satisfaccion perdurable: que Dios que nos ama con tanta ternura, no tiene reparo de quitarnos un gusto pasajero por ponernos en posesion de un contento eterno. Séneca, citado poco há por mí lo dice grandemente: «Dios (son sus palabras) tiene verdadero corazon de padre para con los suyos y los ama en extremo: como quisiera verlos muy cumplidos y excelentes, los apresta siempre para el trabajo y la pelea.»

II. A imitacion de este buen padre la Virgen como madre perfectisima, no deja de ejercitar á sus hijos. Quiere mas que trabajen por un poco de tiempo que no que sufran hambre eterna. Los ejercita en la fatiga en consideracion del descanso que no se acabará jamás. Asi cuanto mas los quiere, mas los estimula al trabajo: cuanto mas los ejercita, mas ocasiones les ofrece de sufrir: cuanto mas experimenta su valor, mas aviva su virtud, sabiendo muy bien que por este medio aumenta sus coronas y multiplica los tesoros que amontonan para el cielo. Así lo declaró un dia á santa Brigida por una graciosa comparacion. A la manera que la hija de Faraon, decia nuestra señora, amó tiernamente al niño Moisés, á quien vió andar sobre las aguas, y en él solamente estuvo que no fuese reputado por hijo de aquella princesa y declarado heredero legitimo de la corona de Egipto; así yo siento una inclinacion particular de cariño hácia aquellos á quienes veo anegados en lágrimas,

y arrebatados por las aguas de las tribulaciones. A estos les guardo las coronas del cielo y los hago medrar en gracia y valimiento para con mi amado hijo. Bien es verdad que así como la hija de Faraon no tuvo valor para dejar mas tiempo en medio de las olas á aquel niño que le parecia tan hermoso, del mismo modo la madre de amor no puede contemplar á sus queridos hijos entre las angustias y aflicciones sin abrazarlos, estrecharlos sobre su corazon y darles el ósculo de paz. Le es imposible consentir que sean ejercitados largo tiempo sin ningun refrigerio. No le pesa de verlos llorar; pero junta sus lágrimas para presentarlas á su hijo: se alegra cuando mas penan; pero enjuga su sudor con un cariño extraordinario: con sus propias manos les echa al cuello el yugo del Salvador; pero ella sostiene el peso para que no los abruma la carga. Su gusto es verlos solícitos y diligentes para llevar la cruz; pero al paso les dirige una mirada de consuelo y les dice alguna palabra de estímulo, que vale mas que todas las dulzuras de la tierra.

III. Esto me trae á la memoria lo que aconteció á santa Lutgarda, doncella virtuosisima de Tongres en el Brabante, que habiendo elegido un esposo en el cielo en lugar del que el mundo le ofrecia, entró á servir á Dios en el monasterio de santa Catalina, de la orden de S. Benito. La Virgen que la habia atraído al servicio de su hijo, le preparó un recio combate al principio de su profesion, porque las otras monjas, que notaban en ella señales de una virtud extraordinaria, en vez de aprovecharse de su ejemplo la insultaban. Quién la llamaba por desprecio la fervorosa ó la santa; quién decia que no tardaria mucho en decaer de aquel gran fervor, porque empezaba con mucho rigor, y ese era el modo de cansarse pronto. Como Lutgarda era verdaderamente humilde, estos dichos y otros semejantes la hicieron re-



celar si se cumplirian las predicciones de sus hermanas y si al cabo llegaria ella á decaer de su fervor primero. Dominada de este temor recurrió á María santísima, quien la consoló y le dijo que no se afligiese mas por las hablillas de las monjas, las que se disiparian como el humo, y que no solo no miraria nunca atrás, sino que de dia en dia adelantaria en el camino de la virtud. Así fué.

*La bienaventurada Margarita de Saboya.*

IV. Estando un dia extraordinariamente atormentada de la gota la marquesa de Monferrato Margarita de Saboya, señora muy devota de la Virgen, y pidiendo encarecidamente á Dios que le aliviase un poco los dolores, se le apareció María santísima y le dijo ser la voluntad de su hijo y la suya que llevase aquella cruz hasta la muerte. Estas palabras produjeron tan notable mudanza en el corazon de la piadosa princesa, que nunca volvió á escapársele ni una sola palabra de queja. Si le preguntaban alguna vez cómo estaba, respondia: Muy bien, porque se cumple en mí la voluntad de Dios. No obstante para que viera que no era tratada asi por falta de amor, sino para su mayor bien, una vez que pedía al Señor por la salud de su sobrina, despues reina de Chipre, enferma de gravísimo peligro, la Virgen le concedió con la mayor liberalidad lo que antes le habia negado para ella.

Nunca nos persuadiríamos cuánto se complace el cielo en nuestros trabajos, si no tuviéramos testimonios irrecusables de ello en las vidas de los mas de los santos.

*Santa Lidwina.*

V. Santa Lidwina habia pasado diez y siete años en duros trabajos, cuando por via de lenitivo recibió nue-

vas prendas de los que la aguardaban. Habiendo tenido un arrobamiento hácia el dia de Santo Tomás, vió una tropa de ángeles que extendian los atributos de la pasion por el lecho en que dormia. A poco se le apareció el Salvador con su madre gloriosa en figura de niño al principio; pero casi en un momento se convirtió en un hombre hecho. Luego se mostró en la cruz y vertiendo sangre de todo su cuerpo; y cuando la sierva de Dios consideraba y admiraba aquella mudanza, el Salvador imprimió interiormente en ella las llagas de su cuerpo sacratisimo. Hecho esto, la Virgen recogió con sus propias manos los instrumentos de la pasion, y habiéndolos besado cariñosamente y dádoslos á besar á Lidwina, desapareció aquella vision, que dejó en el corazon de la virtuosa doncella nuevos deseos de padecer y de abrazarse en las llamas del amor divino.

*Enrique de Castus.*

VI. Enrique de Castus, religioso de santo Domingo, estaba una noche en oracion en su celda, cuando de repente quedó á oscuras por habérsele apagado la luz; pero al mismo tiempo se vió rodeado de otra mucho mas clara y oyó como una voz de mujer que le llamaba. Él asombrado exclamó: Dios mio, ¿qué es lo que oigo? Entonces le dijo la Virgen: Yo soy María, madre de Jesus. Enrique aun mas absorto que antes se postró en tierra diciendo: Oh señora, pues eres tú, muéstrame tu rostro celestial. A lo que respondió la Virgen: Hijo mio Enrique, todavía eres niño: crece, y entonces me verás. Otra vez despues de haber sido probado con muchos trabajos, que era lo que queria decir la madre de Dios, fué acometido de un dolor tan violento en el corazon, que creyó morir. Al punto ve llegar una legion de demonios, que echan pestes contra él y gritan cuánto pueden; pero sin



atreverse á tocarle: Eres nuestro y vendrás con nosotros. Aterrado el pobre Enrique se defendia con todas sus fuerzas; mas los enemigos redoblaban sus embestidas y gritaban sin cesar: Eres nuestro y vendrás con nosotros; es cosa resuelta. Esta lucha duró mucho tiempo: entretanto Enrique mas muerto que vivo llamaba en su auxilio á la reina de los ángeles, que finalmente vino á él en medio de una luz resplandeciente, y desaparecieron como un relámpago todas aquellas figuras horribles que le espantaban. Entonces le dijo María santísima: «Soy yo; no tengas miedo.» Habiéndole preguntado Enrique por qué habia permitido su amado hijo que él fuese tratado tan duramente, respondió nuestra señora: «Con eso poco que has padecido, te has purificado de todo lo que le desagradaba, como el oro en el crisol. Cuando los hombres te dejen en paz, te afligirán los demonios; pero ánimo, que se acerca el fin, y pronto estarás conmigo.»

VII. Santa Gertrudis escribe de sí misma (1) que habiéndole manifestado nuestro Señor un dia que debia de ser visitada con alguna tribulacion para su mayor provecho espiritual, su alma experimentó una tentacion de desconfianza. Entonces se le presentó el Salvador para confortarla y le dió por maestra y madre la reina del cielo María santísima, advirtiéndole que en cuanto se sintiera angustiada y afligida de alguna adversidad, se echase en brazos de ella y nunca dejaria de experimentar consuelo. Así le aconteció muchas veces; pero sobre todo en una ocasion al rededor del dia de S. Bartolomé, en que sumergida en un mar de tristeza y tinieblas recurrió á la madre de bondad: esta señora al acabarse las completas del sábado cuando se rezaba la antifona acostumbrada, disipó aquella densa nube de tedio y derramó en el co-

(1) Revelat., l. 3, c. 1.

razon de Gertrudis un gozo celestial. Otra vez estando gravísimamente enferma y tan flaca de espíritu, que casi no faltaba nada para que la abatiese la tristeza, dió sus quejas á la virgen María. Apareciósele al punto esta señora y le dijo: «Sabe, hija mia, que así como nunca has sido tratada mas duramente en el alma ni en el cuerpo, tampoco has tenido jamás mayores disposiciones para recibir las gracias extraordinarias que está resuelto á hacerte mi amado hijo. Él te mostrará que no sin motivo preparaba tu alma para recibir sus bienes inestimables mortificando tu cuerpo. Yo he conocido una buena alma que tenia tal correspondencia con la Virgen, que en medio de las recias pruebas y duros trabajos con que la visitaba Dios de ordinario, no dejaba jamás de tener un conocimiento anticipado de lo que le habia de suceder por medio de un confortamiento interior, que servia como de despertador á su corazon. Por mi parte no dudo que si el nuestro le fuera fiel y estuviera bien dispuesto, oiría muchas veces la voz eficaz de aquella que le convidaba á apeteer la cruz y con indecible amor le ofrece las ocasiones de abrazarla y atesorar muchísimos méritos.

VIII. ¡Y qué! alma mia, ¿no tienes valor para desprenderte de las ataduras de este cuerpo mortal con tan poderosas consideraciones, para remontarte al cielo en alas del pensamiento y conocer á qué grado de gloria han llegado los hijos de la Virgen á resultas del ejercicio que les ha proporcionado aquí? Fácilmente los distinguirás entre los otros por la librea de la madre de bondad que visten, y los oirás cantar con el real profeta este himno de agradecimiento: Nos hemos alegrado por los dias que nos humillaste, por los años en que vimos males (1). Pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste á refri-

(1) Salmo LXXXIX.



gerio (1). Tú participarás de la alegría que ellos reciben por la memoria de los trabajos pasados, y entonarás con ellos los himnos de júbilo y los cánticos de accion de gracias que tributan á la reina del cielo por haber sido purificados mediante ella como el oro en el crisol y haber sido hechos dignos de padecer algo por Dios. Tú verás estas maravillas, y tu corazon se regocijará y bendecirá con toda efusion á la que colma á los suyos de bendiciones y los corona de misericordia.

§. IV.—Con qué amor corrige y castiga á los suyos la Virgen santísima, que es el tercer oficio de su magisterio.

I. Haría mal el lector en extrañar la palabra correccion, cuando el apóstol S. Pablo afirma (2) que no hay hijo á quien no corrija su padre, y que si estamos fuera de correccion, de la cual todos hemos sido hechos participantes, somos bastardos y no hijos. David despues de dar testimonio de la singular virtud de Moisés, Aaron y Samuel, sacerdotes del Altísimo, y despues de decir que Dios les otorgaba cuanto pedian, añade que á medida que faltaban en algo á su deber, los corregia y no les perdonaba ni una falta. Así entiende S. Agustin aquellas palabras del real profeta: *Castigaba todas sus invenciones*. Concedo que la Virgen es siempre madre; pero con ese espíritu maternal no deja de corregir á sus hijos cuando delinquen y se hacen dignos de correccion; en lo cual se muestra madre incomparablemente mejor que disimulando las faltas de ellos y manteniéndolos en sus imperfecciones por una débil condescendencia. Acuérdomé á este propósito de haber leído en la vida de santa Catalina de Sena que como un dia contase al compañero de

(1) Salmo LXV. *XXXIX* (2) Ad hebr., XII.

su confesor alguna fineza que recibia actualmente del cielo, apartó la vista para mirar á un hermano suyo que pasaba por allí; de lo cual la reprendió tan agriamente S. Pablo por mandato de la madre de Dios que estaba presente, que desde entonces quedó avergonzada y confusa, de suerte que no pudo añadir una palabra mas. Despues decia que sufriria con gusto todas las penas que pueden padecerse en este mundo, antes que recibir semejante reprension.

II. Es indudable cuánto aprovechó á otra santa Catalina, hija de santa Brigida, la reprension que le dió Maria santísima. Salió de su patria para ir á ver á su madre, á quien detenia nuestro Señor en Italia para su servicio: en tanto murió su marido, y aunque este la habia permitido conservar la flor de la virginidad entre las espinas del matrimonio, el resultado mostró que Dios se le habia quitado para su mayor bien, porque desde entonces Catalina hizo propósito de servir y acompañar siempre á su madre en todos los viajes; de lo cual sacó no poco provecho. Mas como el enemigo envidia todos los buenos propósitos, trató de desbaratar este. Brigida que vivia entonces en Roma, salía á menudo á visitar las estaciones y tenia que dejar á Catalina en su posada por miedo de muchos insolentes, que se aprovechaban para cometer sus fechorias de la ausencia de los papas, residentes entonces en Aviñon. La astuta serpiente infernal se valió de esta ocasion, y un dia que Brigida habia ido á sus ordinarias devociones, asaltó el alma de Catalina con tanta sutileza y malignidad, que en poco estuvo que la venciese. Hízole presente la esclavitud en que vivia, sin poder vacar á los ejercicios de piedad que los demas practicaban con tanto provecho espiritual y que ella hubiera podido practicar libremente en caso de haber permanecido en su patria. Estas tristes ideas le oprimieron de tal suerte el corazon y la dejaron tan ape-



sarada y silenciosa, que cuando volvió su santa madre, no pudo sacarle una palabra. Así resolvió ceder por de pronto á aquella tormenta de tristeza; lo cual contribuyó no poco á restablecer el ánimo enfermo de Catalina, porque habiéndose dormido le pareció que ardía la tierra al rededor de ella y que solo quedaba libre del incendio un rinconcito donde estaba la madre de Dios. Al punto recurrió suplicándola que la socorriese en aquella necesidad; pero la Virgen le puso muy mala cara y le dijo que no tenia nada que ver con una cobarde como ella; que se habia vuelto á su patria no obstante los santos propósitos que habia hecho en contrario; y que despreciaba los consejos y documentos de su madre, de su padre espiritual y de todos los que procuraban su bien. Así como á veces una sangría restituye la salud al enfermo haciendo reventar la apostema que le molestaba, así aquella oportuna reprension de la Virgen produjo tan buen efecto en el corazon de Catalina, que se postró á los pies de la madre de misericordia, le pidió humildemente perdon y prometió hacer cuanto ella quisiera. La Virgen se aprovechó de la ocasion para hacer presente á Catalina su falta y mandarla fuese á dar satisfaccion á su madre y al confesor, exhortándola á resistirse en adelante con mas valor á la tentacion. Ella obedeció tan completamente, que dada satisfaccion á su madre y á su padre espiritual hizo voto de obediencia perpetua en manos de su confesor y prometió á Dios y á María santísima que no abandonaria nunca mas á su madre; lo cual le fué provechosísimo, porque encontró en ella un modelo de virtud y un estímulo para caminar á la santidad.

III. El entendimiento humano se pierde en la consideracion de las muestras de bondad que ha dado esta madre misericordiosa, y de los arbitrios que le ha sugerido su amor para corregir blanda, pero eficazmente

á sus hijos. Cuenta Cesáreo que un monje cisterciense mozo, sumamente devoto de la reina del cielo, se durmió una noche despues de maitines en la grada del altar. Vino la Virgen y tocándole suavemente con su túnica le dijo: «Cristiano (así se llamaba el monje), este no es sitio de dormir, sino de orar.» Él se despertó sobresaltado y aun pudo ver á nuestra señora por detrás. Léese en la vida de S. Edmundo, arzobispo de Cantorbery, que en su mocedad se propuso rezar todos los dias la oracion *O intemerata* en honor de la Virgen santísima; mas un dia engolfado en el estudio se olvidó de pagarle aquel tributo de devocion. A la noche siguiente se le apareció S. Juan evangelista por expreso encargo de nuestra señora con una palmeta en la mano á manera de preceptor enojado y levantó el brazo como si hubiera querido descargar sobre él un recio golpe; pero se contentó con amedrentarle y amonestarle seriamente que no dejase en adelante por nada sus devociones ordinarias. Cuéntase del devoto Tomás de Kempis que cuando era mozo, acostumbraba rezar todos los dias ciertas oraciones á la vírgen Maria, á quien veneraba con muy particular devocion. Habiendo faltado un dia vió á su bondadosa madre visitando en el dormitorio á sus queridos hijos y dándoles el ósculo de paz, y cuando él esperaba le llegase su turno, notó que nuestra señora pasaba adelante repreniéndole tácitamente aquel olvido y negligencia. Esto le causó tanta pena, que nunca mas le volvió á acontecer omitir sus devociones. No sé qué falta habia cometido un dia santa Matilde: lo que sé es que la Virgen se dejó ver con semblante enojado y unas disciplinas de oro en la mano, con las que la amenazó en caso de reincidencia, queriendo darle á entender así que si bien corregía á los suyos, era con el azote de amor y caridad representado por el oro, como quien busca su enmienda y no se alegra de su castigo.



IV. Pero todo bien considerado me parece que no puede discurrirse una lección mas cariñosa que la que dió á su amado Herman de Steinvald, de quien ya he hablado antes. Teniendo en el monasterio el oficio de sacristan, entraron ocultamente los ladrones, hicieron su hecho y se marcharon. El pobre religioso se angustió extraordinariamente, y el miedo de que hiciesen mayor daño no solo le quitaba el sueño, sino que le hacia descuidar sus devociones acostumbradas. Una noche que estaba en vela, oyó ruido: corrió sin tardanza á la puerta del monasterio, donde no vió mas que á una pobre mujer muy modestamente vestida, y recelando que se hubiese quedado allí despues de despojada por los ladrones le preguntó quién era. Ella respondió que hacia mucho tiempo era la guarda del monasterio. Herman conoció en la voz á su bondadosa madre; de lo cual recibió increíble gozo; pero lo que le admiró, fué que le parecia ver á una vieja arrugada y llena de años. Para desvanecer sus dudas preguntó á nuestra señora qué queria decir aquella mudanza de semblante y de continente. La Virgen le respondió: «Yo estoy ahora en tu corazon y tu alma segun me ves aquí, ajada y marchita como una flor en el ocaso del dia. De lo que era antes, no queda mas que un débil recuerdo de la antigua hermosura y lozania que brillaba en mi semblante cuando me saludabas mil veces al dia, eras tan fervoroso en mi servicio y conversabas cariñosamente conmigo. El pobre Herman sorprendido de esta reprensión quiso disculparse con el cuidado extraordinario que le habia sido preciso tener para guardar el monasterio; pero la Virgen le manifestó que aquellos eran papeles mojados y que no era admisible tal excusa, atento á que una larga experiencia debia de haberle enseñado suficientemente que no hay medio mejor para guardarse de los ladrones que recurrir á ella y encomendarle todas las cosas con

entera confianza. Bastaba esto para despertar la devoción del fervoroso siervo de María: asi es indecible cuánto le aprovechó la advertencia y cómo renovó el deseo de agradar á aquella que tanto bien le hacia.

V. ¿No admirarán mis lectores conmigo la bondad y amor de nuestra madre? ¿No desearán ser del número de aquellos, que ha escogido el cielo para publicar las trazas amorosas con que la virgen María acude diariamente á favorecer á los suyos? ¿No concebirán nuevos sentimientos de amor hácia la que desempeña tan perfectamente el oficio de maestra enseñando cariñosa á sus hijos, ejercitándolos con tanta habilidad y corrigiéndolos con tanta blandura? ¿No anhelarán mas y mas por merecer en adelante con sus servicios el ser de aquellos de quienes tiene tan especial cuidado? Concluiré mi discurso aplicando á nuestra señora las palabras que escribió S. Bernardo en elogio de la caridad, porque le convienen perfectamente, pues que ella es la madre y maestra del amor santo. ¡Oh qué buena madre se muestra la Virgen con sus hijos! Ya acaricie á los flacos, ya ejercite á los provecos, ya castigue á los que delinquen, siempre practica con corazon maternal estos diferentes oficios. Sus amonestaciones son amistosas, sus caricias inocentes, sus castigos blandos, su bondad sin ficción, su ira sin desabrimiento, sus reprensiones sin arrogancia. ¡Ojalá cumplamos con ella las obligaciones de buenos hijos y discípulos dóciles, asi como ella se muestra madre bondadosa y maestra cariñosa con nosotros!